

[Otra edición en: *Atlántida*, vol. IV, n.º 16, julio-agosto, 1965, 363-370. Editado aquí en versión digital por cortesía de los herederos del autor, como parte de su *Obra Completa*, con cita de la paginación original].

© Herederos de Martín Almagro Basch

© De la versión digital, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia.

## El arte actual ante el arte primitivo

Martín Almagro Basch

[363→]

La comprensión de la obra de arte, su estimación y respetuosa valoración han pasado a ser un lugar común entre todo tipo de gentes de nuestra sociedad. Personas cultas o incultas se ofenderían si las juzgáramos insensibles o ajenas al goce del arte humano.

Esta general estimación de la creación artística en la sociedad actual llega a la más completa popularización precisamente cuando todas las artes, tanto las plásticas como la poesía y la música, rompen desde hace unos cuantos años y cada vez con mayor audacia sus normas de expresión.

Ante esta ya tan generalizada y cultivada ruta «moderna» del arte, su valoración desconcierta y exige nuevas bases de juicio, nuevas normas de estimación de la obra artística. Comprender el arte que llamamos moderno requiere todo un quehacer intelectual. Ciertamente que la crítica casi nunca aborda de manera general y objetiva esta necesaria tarea de abrir la comprensión y, por tanto, el goce intelectual y valoración de la obra de arte. La prosa más o menos clara de los críticos suele dirigirse a enjuiciar algo individual y transitorio, como es una exposición más o menos general o la obra de un artista o las creaciones de una determinada corriente.

Quisiéramos acercarnos ahora a tan sugestivo tema desde el campo de observación que nos ofrece el panorama histórico del arte universal, sobre todo del arte prehistórico y de los pueblos primitivos actuales, en los que cabe encontrar enseñanzas que ayudan a comprender de manera permanente la creación de obras de arte, en cualquier tiempo, en cualquier cultura y según cualquier técnica o modo de expresión.

### I. EL ORIGEN DE LA CREACIÓN ARTÍSTICA

La contemplación de tan diversas obras de arte como se han creado a lo largo de los tiempos en los más variados espacios geográficos y ámbitos culturales, empuja a [363→364] plantearse estos problemas fundamentales: ¿Cuándo se originó el primer arte? ¿Cómo se crea la obra de arte? ¿Por qué causa siguen naciendo obras de arte en todos los tiempos y culturas? ¿En qué campo de aquellos en que se nos ofrece la creación artística —poesía, música y artes plásticas— y en qué forma se hizo primero patente en cada uno de estos campos la obra de arte?

La crítica artística y aun la misma historia del arte, tal y como se cultiva en nuestros medios universitarios e intelectuales, ha dedicado en general poca atención a profundizar sobre estos problemas. Creo que la causa de que cuestiones tan básicas no se aborden, reside en la cómoda y generalizada idea que ha llegado a ser lugar común, según la cual todos atribuimos el origen del arte a un simple gusto y goce de lo bello,

concibiendo la belleza solo en torno a las valoraciones estéticas creadas por nuestra cultura occidental.

Este falso lugar común conforme al cual juzgamos el arte —y que hace del artista un simple buscador y calculador racional de cánones y técnicas para expresar sus sentimientos—, además de no explicarnos su origen, nos impide la verdadera comprensión de la obra artística y disminuye considerablemente su goce sobre todo cuando se trata del arte de los pueblos primitivos y prehistóricos o de lo que llamamos «arte moderno».

Las corrientes artísticas actuales se apartan de las normas de expresión que se venían siguiendo desde el Renacimiento y, por un enfoque parcial del problema que representa la creación artística, su enjuiciamiento se ha reducido con demasiada frecuencia a una frase estereotipada: «el arte actual está en crisis». Su descenso técnico, su nuevo giro espiritual, al abandonar los cánones y normas valorativas anteriores, en nada rebajan su valor como expresión del espíritu, que sólo es posible comprender desde una amplia perspectiva histórica, en la que no puede olvidarse el arte originario de la Prehistoria y el de los pueblos primitivos actuales. Son esas creaciones artísticas las que mejor nos ayudan a entender, gozar o al menos tolerar un arte en «crisis», dentro de una corriente estética que se agota en sus formas de expresión, como se agotaron otras en el transcurso de la ya larga historia del arte humano.

Pues para adentrarnos en el problema de cómo, cuándo, por qué y en qué campos y formas surgen las creaciones artísticas, tenemos solamente dos fuentes de información empírica.

Procede una del campo de la aún casi incipiente paleopsicología y de la psicología infantil, por una parte, y por otra, de la psicología general, incluyendo en ella el psicoanálisis y la psicopatología. Es este un mundo nebuloso, cuyos datos, así como su valoración, resultan de momento inabordables para un estudioso de formación histórica.

Otra fuente de datos valiosos la constituye el análisis tanto del arte [-364→365] prehistórico, que se ve continuamente enriquecido con nuevos hallazgos, como del complejísimo arte de los primitivos actuales.

De cuanto podemos saber hoy sobre el origen del arte, se deduce que la obra artística nace de un conjunto de reacciones de carácter intuitivo. Estas reacciones intuitivas surgen en el hombre gracias a una especial disposición, semejante a lo que en el campo de la historia de las religiones desde Rudolf Otto se vienen llamando los «estados numinosos». Un «numen» es esencialmente un poder espiritual que surge en el hombre de forma no deductiva ni racional, sino totalmente intuitiva e iluminada. Ante las cosas grandiosas —el panorama del cielo y de la tierra, los fenómenos atmosféricos—, lo mismo que ante las vulgares, quien es artista siente la fuerza de ese «numen», «poder» o «inspiración», y crea arte cuando adopta una actitud intuitivo-fisionómica ante todo ese mundo que trata de expresar; se destaca por ello como un ser especial, como una individualidad creadora de arte. Hablando en términos menos científicos se puede decir que crea arte cuando es sincero con su interior y expresa físicamente el mundo «numinoso», el mundo «iluminado» que ha experimentado. Es precisamente artista por saber sentir y expresar el «numen» que los fenómenos o las cosas de la naturaleza producen en su espíritu.

En la transcripción de estas sensaciones ha nacido no solo el primer arte sino una cierta actitud mágico-religiosa, estimulada por el deseo de obtener un poder, una influencia sobre las cosas y fenómenos naturales a través de «númenes» intuitivamente sentidos.

Al servicio de tales estados numinosos, de esa búsqueda de influjos dominadores sobre cuanto le interesa al hombre, ha nacido el arte, y al servicio de los sentimientos religiosos más diversos crearon los artistas desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días las más variadas y expresivas obras de arte.

El sentimiento numinoso intuitivo experimentado por el artista es semejante, aunque de distinta dirección y dimensión, al del mago o *chaman* que con su brujería aspira a influir sobre la naturaleza física. La fortuna del creador de arte consiste en hallar un equivalente objetivo, una forma de expresión adecuada de aquel numen sentido, del que nace en el fondo de su alma la obra artística. Esta será la expresión de un complejo emocional vivido por él: ahí radica, en sus orígenes y en todos los tiempos, la fuente verdadera del arte. Lo mismo cuando el cazador primitivo creó el bisonte ole Altamira que cuando Velázquez en el cuadro de «Las meninas» se sintió en medio del Alcázar de los Augsburgos españoles como parte de su intimidad. [-365→366]

## II. NATURALISMO Y ABSTRACCIÓN

Estamos ya, pues, en condiciones de establecer lo que es una obra artística y lo que no es arte en la producción de la inteligencia y la mano del nombre en todos los tiempos. Un hacha perfecta achelense no será nunca una obra de arte, ni lo será la huella del hombre dejada al apretar el barro en las paredes de su choza, aunque tenga valor mágico; ni en uno ni en otro caso ha habido creación numinosa. No toda herramienta perfecta, ni toda imagen es una obra de arte, ni ahora ni en el arte primitivo. Sin embargo, cuando los hombres del musteriense recogen ocre y pintan con él a sus muertos e incluso embadurnan sus propios cuerpos, estamos en presencia del antecedente más antiguo de una creación artística, ya que tal acción está vinculada al carácter numinoso que siempre tuvo y tiene aún entre los primitivos el color rojo. En la cueva de Altamira pueden contemplarse una serie de trazos ondulados hechos con los dedos o con un instrumento de punta ruda sobre la pared. No tienen a veces forma ni sentido. Los especialistas los llamamos «macarroni». No son, de por sí, obras de arte, como tampoco lo son las rayas o monigotes que un dibujante trace en su bloc: falta el deseo de estructurar expresiones de algo sentido numínicamente por el artista. Pero cuando, entre aquellos «macarroni», vemos en algunas líneas como un movimiento interno que a veces acaba creando formas serpentiformes sinuosas y móviles e incluso cabezas de bóvidos como entretejidas en medio de aquellos trazos serpenteantes, entonces comprendemos que hay allí una obra de arte, creada por aquellos cazadores del Paleolítico Superior que hicieron de la cueva su santuario mágico. Cuando el australiano señala su palo cortándole muescas con la obsidiana, aunque le dé una forma regular de sierra, no hace obra de arte. Pero sí lo será el palo grabado con signos o simplemente pintado con colores mágicos, cuya expresividad quizá se nos escape, sin que por ello deje de tener un valor artístico. Los ejemplos en este sentido podrían multiplicarse.

Conociendo su Historia, el Arte se nos presenta como una unidad, a pesar de haber variado profundamente en el transcurso de los tiempos tanto en sus formas de expresión como en el vínculo de estas y del artista que las crea con la sociedad. La materia prima o fuerza creadora del arte ha sido siempre esa reacción intuitiva, esa emoción, esa inspiración que siente el verdadero artista y que da sentido, valor y principio unificador a todos los elementos que viene a formar ese hito de emoción que es una «obra de arte» en el verdadero, amplio y permanente sentido de la palabra.

Si nos detenemos por un momento en este estupendo milagro que es la creación de la obra de arte, [-366→367] veremos cómo el verdadero artista la hace surgir, a través de

unas simples líneas, de un trozo de piedra o madera, de unos colores combinados, o de gestos, o por medio de palabras que expresen sus «númenes»; y cómo esa obra de arte vive luego espiritualmente plasmando y transmitiendo emociones, de las que cada generación deduce un mensaje especial.

Observaremos también al artista inspirado por dos fuerzas: reproducir figuras de seres o fenómenos, por una razón emocional siempre; y afectado por el goce o la necesidad de expresar estados numinosos al margen de toda tendencia figurativa, creando símbolos, convencionalismos o síntesis expresivas, reducidas a veces a figuraciones de una parte característica de las mismas cosas.

Tal vez nunca sabremos qué fuerza fue la primera, cuál de las dos hizo nacer el primer arte, cómo se relacionaron entre sí. A través del arte prehistórico y primitivo sólo podemos analizar separadamente esas dos fuentes, la figurativa y la abstracta. Por ambas mana a la superficie, desde el complejo fondo del alma humana, toda obra de arte.

La primera, la tendencia a representar las cosas, es al parecer la más simple, pero no es seguro que anteciedera a la tendencia abstracta; sólo sabemos que está fuertemente arraigada entre los pueblos más primitivos que viven sólo de la caza y de la recolección de productos naturales. Ese arte figurativo pretende captar el parecido físico de los seres, al menos sus rasgos más característicos: los cuernos de la cabra, cuando no la cabra misma; las zarpas o colmillos del león si éste no se representa entero.

Su origen está en el campo de la mímica, del tatuaje, del disfraz, que conducen no sólo a creaciones de las artes plásticas, sino también al arte dramático, a través de la danza y la gesticulación. Tras imitar con gestos a la jirafa o al león, se desemboca en los tatuajes más o menos figurativos o simbólicos, en las máscaras rituales que antes fueron simples argucias de caza y finalmente en el arte plástico o figurativo.

También se llega a este tipo de arte por las semejanzas naturales, lo que los psicólogos llaman paranoias. Raíces ondulantes harán figurarse serpientes, en piedras o montañas se verán representados animales. En la cueva de Altamira los geniales creadores de su gran salón de pinturas vieron, antes de poner el color, formas de bisontes en los salientes de la techumbre de la caverna. Parece probable que este arte plástico en tres dimensiones precediera a las creaciones en dos dimensiones, grabados o pinturas.

Sigamos ahora los pasos de la segunda raíz de la que nace la creación artística. Es esta un *pathos* o estado «numinoso» que sólo el artista sabe expresar adecuadamente, acertando a dar forma a tales estados de inspiración que podemos luego sentir y admirar todos, pero que [-367→368] únicamente los artistas son capaces de plasmar.

Esta fuente auténtica del arte aparece ya claramente en el hombre primitivo y lo mismo en nuestros antepasados prehistóricos. Alógicas o no, esas emociones «numínicas» son siempre intuitivas y por eso las vemos ingenua y expresivamente sentidas por el alma abierta a toda clase de recepciones propia de todo hombre sencillo. El primitivo sabe expresarlas con formas variadas de una belleza singular, lejana a nuestra valoración pero fecundamente creadora de formas artísticas llenas de sensibilidad y de autenticidad emotiva.

No puedo por menos de repetir aquí aquellas palabras de Goethe que en pleno siglo XVIII supo comprender la verdadera dimensión del arte humano desde sus orígenes: «El arte discurrió mucho tiempo por un período formativo antes de ser bello, pero no por esto deja de ser un arte sincero y grandioso, a veces más sincero y grandioso que la belleza misma; pues en el hombre hay una naturaleza creadora que se manifiesta tan pronto como tiene asegurada su existencia.

En cuanto no tiene preocupaciones ni temores este semidiós activo en la tranquilidad, busca materia a su alrededor para insuflarle su espíritu. Así el salvaje modela con rasgos aventurados, con formas horribles y colores vivos su rostro, sus plumas y su cuerpo. Pero dejad a un lado el que estas imágenes estén construidas por formas arbitrarias; aunque carezcan de proporción, tienen un sentido.»

Aun sin saber lo que hoy sabemos acerca del nacimiento del arte humano, Goethe fue capaz de entender que en su origen había algo más que un simple gusto estético, y que una dimensión espiritual mucho más amplia y honda lo engendró, y sigue haciéndolo nacer, en el alma creadora de los artistas. Estos serán buenos y malos según encuentren o no la forma adecuada para expresar sus emociones, sus «númenes»; pues no toda figura es arte aunque esté bien fabricada, ni tampoco lo será toda expresión emotiva si no se traduce apropiadamente en la obra que origine.

El estudio y observación de todo este extenso mundo numínico, que ha hecho nacer las miles de obras de arte que la prehistoria y los pueblos primitivos actuales nos ofrecen, ilustra y hace patentes estas verdades: no es arte un útil, aunque sea perfecto y su forma incluso bella; no es arte una reproducción figurativa, aunque sea exacta y expresiva del ser que reproduce; no es arte toda arbitraria expresión emotiva, porque así se le ocurra al artista; no es arte la copia ni el plagio, aunque resulten atractivos y pasen por creación nueva y renovadora.

El artista lo es tan sólo si crea dentro de unos límites objetivos y formales la obra de arte, como un equivalente de aquel complejo numínico sentido y luego expresado individualmente por él, aunque luego sea [-368→369] comprendido y gozado por todos los hombres. Ningún otro ciclo artístico nos ilumina y nos adentra tanto en la comprensión de todos estos problemas como el arte prehistórico y el de los pueblos primitivos actuales. Tal vez por ello en nuestros días se tratan y divulgan tanto y en formas tan diversas sus creaciones.

### III. SOBRE LA «CRISIS» DEL ARTE ACTUAL

Resulta indispensable plantearse tales cuestiones para poder gozar de las primeras creaciones del arte humano y también de las rutas por donde se ha lanzado recientemente el arte moderno, cuyos problemas de comprensión se asemejan no poco a las espontáneas creaciones de aquellas almas primitivas absorbedoras de toda emoción numinosa. Esta sinceridad emotiva puede ser sentida en todos los tiempos por el hombre espiritual y artista, pero debemos confesar que ante muchas de las creaciones del llamado arte moderno es difícil distinguir lo que hay de espontaneidad creadora y lo que es plagio o simple rutina desganada. Aquellos lejanos ciclos artísticos con su ingenua y sincera sensibilidad nos hacen comprender la complejidad de la obra de arte. En ellos se encuentran ya todos los caminos por los que espiritual mente correrá siempre la creación artística en las artes plásticas: naturalismo genialmente realizado; expresionismo logrado por variados caminos; y también el subjetivismo abstracto que tanto imitan los artistas de hoy más o menos originales.

Todos estos medios de expresión artística se usaron sincera y simplemente entonces. Baste recordar nuestros tres grandes ciclos de arte rupestre: el arte naturalista y figurativo del cuaternario; el arte levantino, expresionista más que naturalista, y el arte esquemático que perdura hasta la Edad del Hierro y de las colonizaciones históricas. No podríamos hablar ante estas series de obras de auténtico arte original, de «crisis» del arte. Tampoco sinceramente debemos emplear esta frase cuando nos colocamos con el

mismo juicio valorativo ante un cuadro de Goya o de Sorolla y luego ante la obra artística —pongamos por ejemplo —de Juan Miró o de otros artistas de menor talla.

Todas estas consideraciones nos permiten adoptar una actitud comprensiva ante toda creación artística, donde y cuando aparezca en la historia del arte. Sobre todo, nos orientarán con fundamento empírico en la comprensión y análisis de la llamada «crisis» del arte europeo actual. La lección de aquellos ciclos artísticos espontáneos nacidos de la sensibilidad numinosa del alma simple del hombre primitivo, nos ayudarán grandemente a admirar y aprender la lección de esas obras de arte laterales a nuestra inmediata y [-369→370] aún más generalizada sensibilidad estética. El arte actual, ese arte de tendencias tan dispares que nos ofrece nuestro tiempo, es plenamente aceptable en tanto sea sincero y auscultemos en él emociones sentidas con autenticidad por el hombre artista. Sólo entonces tendrá validez como expresión del mundo en viraje en que vivimos, un mundo aún posiblemente más lleno de «númenes» de aspecto arcaico de lo que el desarrollo técnico nos haría suponer, En él tiene su papel el artista, quizá incomprendido, que se adentra en el lejano estrato común espiritual, siempre permanente en el alma humana, del que nació y nacerá siempre el verdadero arte.

No es ningún atrevimiento ni novedad trazar un paralelo de muchas obras y corrientes del modernismo actual, sobre todo de las artes plásticas, con el arte primitivo. Con frecuencia esos mismos paralelismos nos obligan a dudar de la sinceridad emocional que ha originado tales creaciones actuales tan cercanas a lo que los primitivos hombres crearon y crean. Pero eso es un camino de crítica que no pretendo seguir ahora, sino más bien aportar, para la comprensión del arte actual, para la valoración real de nuestro arte en «crisis», lo que las ciencias prehistóricas y etnológicas nos enseñan: una más amplia valoración, comprensión y goce del arte de hoy en el que ya no prevalecen los valores estéticos románticos o clásicos de nuestra sociedad burguesa euro-americana, conforme a los cuales acostumbrábamos a valorar la creación artística.